

consiente tan mal en el mundo?, ¿por qué calla ante tanto sufrimiento humano?, ¿por qué no hace nada para combatir o remediar el mal de sus creaturas? Las respuestas a estas preguntas son profundamente complejas, hasta el punto de desbordar las meras posibilidades de comprensión y reflexión de la razón, y dejar paso a las certidumbres que aportan la fe o las creencias religiosas. De lo uno y de lo otro da buena cuenta esta obra.

Parte el libro de dos supuestos antagónicos: la tesis optimista de Torres Queiruga, para quien Dios nada puede hacer para remediar el mal y el sufrimiento (Dios es el anti-mal, pero el transigente del mismo), frente a la tesis pesimista de Juan Antonio Estrada que considera que Dios es culpable del mal que ocurre en el mundo, primero por su pasividad, y segundo, por su actitud impasible e indiferente. Para José Antonio Galindo se puede encontrar una vía intermedia entres estos extremos que sea capaz de conciliar lo problemático del mal con la actitud y la acción de Dios. Por una parte considera el autor que Dios no puede hacer a veces nada contra algunos males y, por otra, que Dios podría hacer más de lo que hace para luchar contra los males de la humanidad.

En base a esta vía de justificación, o de fundamentación de una teodicea capaz de abordar el tema del mal con un optimismo racionalista, se divide el libro en tres partes. La primera viene dedicada a una explicación intermedia entre el agnosticismo de J. A. Estrada y el racionalismo ingenuo de A. Torres Queiruga ante el problema del mal. La segunda parte la dedica J. A. Galindo a aportar soluciones que superen los esquemas que numerosos teólogos y filósofos han vertido al respecto a lo largo de la historia, así como a criticar las teorías acerca de la impotencia o la imposibilidad de Dios frente al mal físico y al mal moral. La tercera parte también versa sobre las soluciones que el autor intenta ofrecer en este sentido. Para ello introduce la cuestión de lo que él denomina «optimismo soteriológico» frente a las preguntas: por qué este mundo, por qué este ser humano y por qué su libertad.

Finalmente dedica el autor dos apéndices que condensan las conclusiones que sobre el tema de mal viene a ofrecernos personalmente: que a pesar de todo Dios es bueno y omnipotente, ya que el mal es fruto de las imperfecciones propias de la finitud de todo cuanto existe, así como que el mal puede ser integrado en la visión del mundo y del hombre sin tener que anular o poner en tela de juicio la figura de Dios. Más aún, afirma el autor, el mal puede ser motivo de trascendencia y de sentido.

Quizá sean estas las bases sobre las que cabe hablar del mal, trascendencia y sentido, sobre todo para que como concluye el autor en ésta obra, «el problema del mal sea un poco menos la roca del ateísmo y el tormento de los teólogos».—JOSÉ GARCÍA FÉREZ.

ANDREAS R. BATLOGG, *Die Mysterien des Lebens Jesus bei Karl Rahner. Zugang zum Christusklauben*, Tyrolia Innsbruck Theologischen Studien, 58, Innsbruck/Wien 2001, 480p.

Índice de la fecunda actualidad del pensamiento teológico de Karl Rahner son los trabajos de investigación que a él se dedican; ocho al menos en los últimos diez años

en la misma colección del que ahora recensamos. Varios como éste subrayan el interés de Rahner por la dimensión histórica, encarnada, de teología y espiritualidad, en consonancia con la preocupación mayor del propio Rahner, anunciada por él en su tesis doctoral, «Espíritu en el mundo». En el mismo sentido se impone mencionar la obra de Nikolaus Schwerdtfeger, *Gnade und Welt*, Freiburg, 1982, y en el ámbito de lengua española la de Pedro Sarmiento, *Cristología existencial: claves para una lectura postmoderna de la cristología de Karl Rahner*, Madrid 1988. Conviene observarlo ante la proclividad de considerar la teología rahneriana como construida sólo a partir de la subjetividad trascendental.

La obra de Batlogg pone de relieve el interés de Karl Rahner durante toda su vida por considerar los misterios de la vida de Jesús como productivos para la teología y más en concreto como conducentes a la decisión de fe, y así, como constitutivos imprescindibles de una teología fundamental para nuestro tiempo. Se articula en tres amplios capítulos y concluye con un breve epílogo que resume las inquietudes de Rahner y el encargo que su herencia demanda.

En primer lugar se detectan las raíces del interés de Rahner en el decurso de su juventud, examinando sus diferentes situaciones. La experiencia de los Ejercicios de san Ignacio practicados desde su entrada en la Compañía a los diecisiete años, y de modo especial el impacto de los misterios de la vida de Jesús como camino de conversión, dejará huellas para siempre en la existencia del futuro teólogo. Batlogg indica y elabora los necesarios criterios hermenéuticos para detectar tales huellas: no sólo examinar los textos, sino investigar los condicionantes vitales que los explican.

El capítulo segundo aplica tales criterios y trata de clarificar el significado de «vida de Jesús» y «misterios» en Rahner, lo que conduce a analizar las circunstancias de su vida privada y de sus principales formadores jesuitas, para concluir que el teólogo estudiado entendía la «vida de Jesús» no en el sentido meramente histórico de la Ilustración o la teología liberal protestante, ni tampoco exactamente al modo de la tradición edificante de la Compañía en aquellos años. De modo análogo en el trasfondo del término «misterios» encuentra Batlogg la renovación litúrgica promovida por Odo Casel y el monasterio de Maria Laach que tanto contribuyó a superar el ritualismo postridentino / barroco de las celebraciones y a vivir la liturgia como presencia de los «misterios» de Jesús; esta orientación objetiva de la espiritualidad encontrará frente a ella otra de carácter más subjetivo así como una concepción neoescolástica de la teología, que a veces acusó a la renovación litúrgica de gnosticismo larvado, y con más pertinencia de reducir los sucesos de la vida de Jesús, tan singulares y concretos, a la exclusiva vivencia de su muerte y resurrección. Rahner conoció la situación muy desde dentro, dada la presencia en el propio Innsbruck de su hermano Hugo, promotor de una teología kerigmática que superase la frialdad de los puros conceptos, y de A. Jungmann el gran estudioso de la liturgia que entabló un diálogo fecundo con el movimiento promovido por Casel y sus seguidores.

Rahner siempre se distinguió por la inquietud, nacida de su más profunda experiencia, de unir la más rigurosa penetración metafísico / teológica con la espiritualidad hasta colmar el foso que separaba a ambas.

El tercer capítulo parte de dos textos cortos de Rahner, elaborados para la segunda edición del *LfThK* y el pequeño diccionario editado en colaboración con H. Vorgrimler; Batlogg determina así el alcance teológico que Rahner asignaba a los

misterios de la vida de Jesús, y lo sintetiza en cuatro proposiciones que se analizan después a la luz del conjunto de la teología rahneriana: 1) todos los sucesos de la vida de Jesús son misterios que 2) se anuncian y se unifican en la muerte y resurrección de Jesús; 3) todos y cada uno son asumidos por la Palabra hecha carne (y aquí se aducen los oportunos estudios sistemáticos de Rahner, de modo muy especial su mistagogia del *Realsymbol* con la que penetra desde lo empírico visible de cada suceso de la vida de Jesús hasta la hondura más íntima del Dios hecho palpable en la carne de su Hijo: no hay acercamiento al Misterio Santo sino desde lo alcanzable por nuestros sentidos; 4) de este modo muerte y resurrección según el testimonio de la Escritura despuntan en cada suceso de la vida humana de modo análogo a como ocurrió en la propia vida de Jesús que 5) así y en su singularidad concreta e imprevisible se convierte en norma de nuestra existencia.

Finalmente la tesis muestra cómo Rahner consideró los misterios de la vida de Jesús, no sólo susceptibles de ser articulados en la dogmática como sucedió hasta prácticamente la Ilustración, sino también como dimensión ineludible de la teología fundamental. Esto último porque, como ocurre en los Ejercicios, conducen a la decisión que orienta la entera existencia.

Penetración en el sentido de la fe, y decisión por la fe constituyen pues aspectos que han de ser teológicamente elaborados, pero no de manera repetitiva ni reproduciendo clichés de otras épocas; tampoco consiste la cosa en sustituir los sucesos cotidianos de la vida de Jesús, los aparentemente irrelevantes, por la sola consideración de los de mayor relieve (como ocurrió en el *Misterium Salutis*, la gran dogmática posconciliar a la que Rahner prestó aliento, pero que en confesión de uno de sus principales autores falló en este punto).

La disertación de Batlogg destaca por su información de primera mano, lo depurado de sus análisis, y el relieve dado a la problemática, determinada con maestría y bien perfilada en sus contornos.

Tras alimentar nuestra sed nos encarga de continuar la tarea; uno de sus aspectos conduce en mi opinión a elaborar de modo pertinente una teología del testimonio en seguimiento de Jesús [ver *Miscelánea Comillas* 59 (2001) 457-484]. Al mismo tiempo convendrá que la cristología y aún más la teología del Dios cristiano que se anuncia en los misterios de la vida de Jesús recoja las inquietudes rahnerianas que Batlogg ha puesto ante nuestros ojos con tanto acierto.—JOSÉ R. G<sup>a</sup>-MURGA.

VALENTÍN MENÉNDEZ MARTÍNEZ, *La misión de la Iglesia. Un estudio sobre el debate teológico y eclesial en América Latina (1955-1992), con atención al aporte de algunos teólogos de la Compañía de Jesús* (Tesi Gregoriana, Serie Teologia 80), Roma 2002, 346p. ISBN: 88-7652-908-X.

Detrás de las sesiones y los debates del Concilio Vaticano II latían dos grandes cuestiones indisociables entre sí: qué es la Iglesia y qué hace la Iglesia; Iglesia *ad intra*, Iglesia *ad extra*. La primera conduce derechamente a la constitución dogmática *Lumen gentium*; la segunda, por su parte, nos adentra en la constitución pastoral *Gaudium et*